

Conexión ZAQUENCIPA



**INFORME
ESPECIAL:**

PERSONAJES

CONTENIDO

Editorial	3
INFORME ESPECIAL: PERSONAJES	
<u>Al «Pote» Morales nadie le quita lo bailao</u> por Isabella R. Calero	5
<u>Teresa Fuentes Galvis, los sabores de la nostalgia</u> , por Arturo Bedregal Barrera	8
<u>Antonio María Cortés, una saga de campo y sabiduría</u> , por Olga Lucía Riaño	12
<u>Los tiestos con vida de doña Inés</u> por Fernando Bejarano	16
<u>Elkin Forero, el trovador gachantivense</u> por Jairo Barbosa	19
<u>Con José Orlando Suárez, Santa Sofía canta ranchera</u> , por Lina Blanco	22
<u>Claudia Peña Rojas, pionera del reciclaje en Villa de Leyva</u> , por Fernando Cordovez	25
GENTE	
<u>Zaquencipeñas</u> por Jairo Barbosa	28
ARTE	
<u>La calle del arte</u> por Olga Lucía Riaño	32
HISTORIA	
<u>El ciudadano ilustre don Antonio Nariño</u> por Diego de Castro	35
SOCIEDAD	
<u>El hombre y la tierra en Boyacá</u> por Armando Borrero Mansilla	39
CUENTO	
<u>Imago Mundi</u> por Mónica Perea Esparragoza	42


EDITORIAL

El informe especial de junio ofrece crónicas y entrevistas con algunos habitantes del valle, quienes, a través de sus trabajos, actividades y tenacidad han contribuido a edificar la identidad de la región y a enaltecer sus oficios, impactando positivamente la comunidad de vecinos.

Por supuesto que son cientos –si no miles– los personajes y protagonistas que deberían estar en este espacio. Sin embargo, sólo nos es posible presentar una pequeña muestra representativa, dada la imposibilidad de incluir a todas personas que merecerían estar aquí presentes.

Hoy por hoy, la dinámica y el crecimiento en los municipios de este valle están marcados tanto por el empuje como por la creatividad de sus habitantes, además del sentido de cofradía que se respira en esta parte del planeta. La calidez y la generosidad en los afectos se transmite en las relaciones y los quehaceres de sus protagonistas.

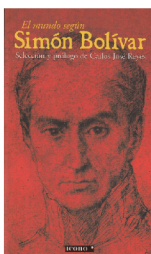
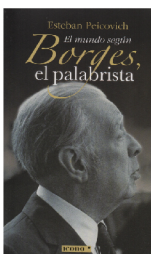
Los personajes que compartimos en esta edición nos permiten entender el territorio como algo articulado en sus diferentes vocaciones de desarrollo, en el amor por el entorno y en el cuidado por la convivencia; algo que nos compete a todos en razón de preservar los diversos ámbitos de patrimonio, así como la preciada calidad de vida de quienes tenemos el privilegio de vivir aquí. Si la naturaleza es especial en este lugar, lo es aún más el paisaje humano que nos rodea. El gran capital de la región, indiscutiblemente, es nuestra gente.

Esperamos que disfruten de esta edición de la mano de nuestros colaboradores y sus personajes. 

• **Director** Fernando Cordovez • **Editor** Gustavo Mauricio García Arenas • **Comité Editorial** Ana María Echeverri, Carmela Jaramillo, Rosa Suárez, Arturo Bedregal • **Diseñadora** Juana María Mesa Gandur • **Pasante** Lina Blanco

Estamos escribiendo nuestra historia **¡Súmate!**

Con tu suscripción elige como obsequio uno de estos tres libros de **icono** Editorial



Suscripción de apoyo

(Incluye un (1) libro de la selección)

\$50.000

\$100.000

\$200.000

Suscripción especial

(Un libro mensual por un año. Se enviará el catálogo disponible.)

\$1'000.000

Más de 1'000.000

SUSCRIBIRSE

En el Valle de Zaquencipa los libros se pueden recoger en Relato Librería - Centro Cultural km 1 Vía Villa de Leyva - Arcabuco a 200 m de Bomberos.

Quienes lo desean también pueden recibir su libro por correo, pago contra entrega.

Al «Pote» Morales nadie le quita lo bailao

Por Isabella R. Calero

Quien lea esta crónica corre el riesgo de ser cautivado por un villaleyvano que ha vivido la vida de una manera muy parecida a la realidad poética, pero encaramada en una montaña rusa.

Próspero Morales Escobar, mejor conocido como el «Pote» Morales, es un personaje de sonrisa fácil y humor inteligente, facetas que heredó de su padre, Próspero Morales Barrera, a quien admiró muchísimo.

Nació un 4 de noviembre de 1943 en la principal calle de Villa, la llamada «calle caliente», en casa de una de las familias más raizales del pueblo. Pote es un apodo que le estamparon desde niño sin saber quién ni por qué, ya que ha sido delgado de por vida. Se puede afirmar que es el gran anfitrión del pueblo, siempre departiendo con amigos, sentado de tarde en su banca favorita de la plaza principal.

Al Pote se lo puede reconocer por su voz ronca y un acento boyacense mezclado con cachaco. Su forma impecable de vestir la remata a diario con uno de los tantos sombreros clásicos que atesora. Siempre



© Fernando Bello Mendoza

sonriente, saluda a diestra y siniestra como los políticos, algo que «ni de vainas» se le ha ocurrido ser.

Sólo cuando suscribe algún documento con su cédula lo llaman don Próspero. «Ya ni entiendo por ese nombre», precisa.

El Pote viajero

Fue un viajero incansable que ya no quiere salir del pueblo. Tal como dice, aquí se quedará hasta su último viaje... camino a la eternidad. De los Morales es el que más ha viajado porque se enlistó de marinero

en barcos de cabotaje que navegaban costas europeas. Trabajando de mesero en un crucero repleto de ingleses y gringos, sintió un malestar incontrolable mientras les servía desayuno. Atravesando el Estrecho de Gibraltar, trayecto difícil en el que hasta los capitanes se marean, no pudo evitar trasbocar frente a los comensales. Fue despedido inmediatamente cuando atracaron en el puerto de Marruecos.



El Pote vivió también en Cali, donde aprendió a bailar salsa. Se considera privilegiado: «Todo el que me conoce, me estima. A lo mejor porque soy abierto a la vida y no le pongo misterio a nada».

Estudió primaria en el Colegio Antonio Nariño. Su niñez, compartida en complicidad con German Borrás, «Tolito», sus primos Jaime Cuéllar y Santiago Morales, fue una maravilla: no salían de la piscina del Hotel Mesopotamia, retozaban a caballo y jugaban en la plaza. Cursó bachillerato en el Colegio Boyacá de Tunja y viajó a Bogotá a buscar universidad y prefirió los salones de billar. Un

entrañable amigo, para entonces gerente general de Almacenes Sears, le ofreció trabajar con él y se quedó durante tres años, antes de viajar a España. Allí vivió durante cinco, dos de los cuales, en Barcelona, España. «Es una ciudad bellísima... sin los catalanes. Son antipáticos y groseros», rememora sonriendo y cuenta de una novia que, «afortunadamente, no era catalana».

Fue soltero empedernido y enamorado hasta que se casó con María Eugenia Gaitán, y si no se hubieran separado, estarían celebrando el 50.º aniversario. Con ironía cuenta que el cura que lo casó en Bogotá murió como guerrillero: Camilo Torres. De esta historia de amor nació María Claudia Morales, quien lo visita con frecuencia.

A otro amor importante, Silvia Medina, la perdió por irse a los Llanos Orientales con intención de conocer por un par de semanas, pero se quedó tres años y medio. Cuando regresó, Silvia vivía en Valencia, España, y luego le perdió la pista.

Pote fue incansable para bailar, tomar aguardiente y fumar. Hoy no se cansa tampoco de dar la bienvenida a quien llega, ni de escuchar a quien le habla.

El todero

Se enorgullece de haber hecho de todo. Manejó un vivero por cuatro años, tuvo su propia chichería; en los años setenta fue artesano exportador en Bogotá durante diez,

para lo cual importó un telar y tejió maxiruanas y mantas guajiras que vendía en ese tiempo su novia Silvia en almacén propio.

Su único cargo público lo desempeñó en la Gobernación de Boyacá como jefe de ganadería departamental. Fue despedido a los dos meses luego de sacrificar un toro semental importado, blanco y forrado, para una ternera a la llanera en Paipa. Lo describe sacando una foto del ejemplar de su billetera.

Siempre sonriente, saluda a diestra y sinistra como los políticos, algo que «ni de vainas» se le ha ocurrido ser.

Sufrió un aneurisma cerebral que lo obligó a empezar de cero. «Con terapia quedé casi bien: aprendí de nuevo a hablar, a caminar y hasta escribir. No estaba para morirme».

Además de amar los boleros, al Pote le apasiona el fútbol, el ciclismo, la comida y las mujeres. Se siente satisfecho de la vida y de los amigos, los que cultiva y los que han muerto. No espera irse pronto, pero ya ingenió su epitafio: «Aquí yace un hombre que fue muy feliz».

Asegura que Villa de Leyva «tiene una energía rara», no deja ir a la gente. El hogar de los Morales estaba conformado por su madre Hilda Escobar y cuatro hermanos: Mario, el mayor; Amparo, Rosa María y él.

Cuando tenía ocho años su padre se fue y volvió tiempo después con el quinto hermano, Rafael. «Muy querido el chino, ahora tiene 50 años y es una eminencia en finanzas», apunta el Pote.

Su madre perdonó a don Próspero porque era un ser extraordinario, de un corazón enorme. «Fue alcalde de Villa como cinco veces», señala. No duda en confesar que fue su ídolo. Falleció a los 70 años. «El único diabético Morales que murió por el dulce: lo atropelló un jeep que reparía arequipe».

Admite que su vida es frenada ahora por la diabetes y la hipertensión. Lamenta su falta de plata, la muerte de sus padres y amigos y la separación de la madre de su única hija.

Fue rumbero, bailó como trompo en la Tasca y la Cava. «Ya no hay dónde», dice. A punto de cumplir 81, reconoce que era «buena muela», pero no puede comer arequipe, la longaniza de Sutamarchán, ni tomar aguardiente.

Cuenta que su mamá consiguió un novio inglés a los 85 años, que quería casarse con ella en Villa y llevárselos a todos para Inglaterra. El noviazgo sólo duró un año y ella falleció a los 97.

«Me han montado todos los cuentos. Una vez llegué a un cafetín y un borracho contó tranquilamente que el Pote había muerto». ¿Preguntaron de qué?, y alguien dijo «nunca supimos de qué vivió y mucho menos de qué murió». 🌀

Teresa Fuentes Galvis, los sabores de la nostalgia



©Arturo Bedregal

Por Arturo Bedregal Barrera

Si preguntamos a las personas del pueblo por dónde recomiendan desayunar, la respuesta viene siendo siempre la misma: en la tienda de Teresa. Ni más, ni menos.

Se podrían ubicar fácilmente subiendo por la carrera 10, antes de llegar al claustro de San Francisco. Pero lo cierto es que, antes de ver el letrero verde de madera, el inconfundible olor de la changua y las cebollas al sartén anuncian la presencia de una cocina muy sincera.

En sus paredes pareciera que no cabe ni una letra más; sin embargo, los viajeros de incontables naciones se las arreglan día a día para dejar mensajes de gratitud y complacencia... Evoca un remanso para el peregrino y da fe cierta a lo que la palabra «restaurante» (espacio de restauración, de reparación) significa.

Teresa Fuentes Galvis nació en Chita, Boyacá. Cerca al Cocuy. Llegó a Villa de Leyva un 19 de abril de 1986, cuando el pueblo contaba con cinco restaurantes y dos tiendas. El pan se vendía a puerta cerrada y la cocina tradicional era la reina de los fogones campesinos.

En una época de escasa demanda laboral y un turismo apenas proyectivo, las oportunidades eran breves. Teresa trabajó en un reconocido hotel y en una frutería de renombre, pero el gusto por la cocina la llevó a buscar un camino diferente: uno donde pudiera exponer su potencial y su idea de cocinar con integridad.

«Yo cocino desde que tengo diez años», me dice mientras mira un

reconocimiento impreso en su restaurante. «No recuerdo la imagen de mi mamá, pero sí recuerdo lo que nos preparaba y los sabores de sus platos».

En el reconocimiento que cuelga en la pared se lee: «En homenaje a Maríá Eva Galvis». La madre que perdió cuando tenía ocho años, pero que aún conmemora cada vez que prepara un cocido o una arepa liuda.

Fue en marzo de 1989 cuando Teresa abrió su tienda y –haciendo gala del dicho «El que tenga tienda, que la atienda»– aún se encuentra por ahí, ya sea en los fogones, revisando el mercado o llevando los platos a sus comensales. La acompañan sus hijos, que han compartido su historia y son arte y parte del proyecto.

**«No recuerdo
la imagen de
mi mamá, pero
sí recuerdo
lo que nos
preparaba y
los sabores de
sus platos».**

Abrir un restaurante es empresa para almas atrevidas y Teresa es prueba inapelable de ello. Cuando decidió dar el paso de abrir su negocio, apoyada por sus allegados, vio una oportunidad latente en el pueblo: nadie vendía desayunos. Los hoteles no ofrecían ese servicio y en las tiendas apenas se encontraba algo para picar en las mañanas.

Al preguntarle por el ecosistema actual del turismo y la recuperación, Teresa no puede ser ajena a lo evidente: la ausencia de cocinas tradicionales y el facilismo de la reestructuración comercial nos está dejado sin identidad gastronómica. Muchos son los que preguntan por un plato típico de Villa de Leyva, pero lo cierto es que no ha sido fácil encontrar un representante oficial. Si bien contamos en la región con herencias y tradiciones del arte culinario boyacense, la reducción agrícola y de los mercados, los cada vez menos locales y la falta de interés por los sabores de arraigo han llevado al pueblo a adolecer de exponentes propios de reconocimiento.

Al comprender a Villa de Leyva como un destino turístico, se entiende el florecimiento de la diversidad gastronómica, que no sería en absoluto un obstáculo para la generación de identidad y de riqueza, de no ser por la poca presencia y el contrapeso de una oferta tradicional. Por ello, los exponentes que aún guardan esa memoria y esa esencia son de altísimo valor para el desarrollo de los sabores de la comunidad.

«Cuando veía las mazorcas en la casa, sabía que mi mamá iba a preparar cocido», me cuenta doña Teresa. «El cocido tradicional era de mazorca, habas y arvejas, que eran las matas que crecían al lado del maíz. A eso no se le ponía carne; se servía con las papas y al lado un tazón de caldo caballuno (agua, sal,

cilantro, tomate y cebolla larga). Hoy le ponen los nabos, carnes y hasta la longaniza».



«Nosotros los cocineros», me dice con su voz amable, «tenemos más responsabilidad que los médicos en la salud de nuestra gente».

Claro que ha tenido tiempos difíciles; es natural que un negocio tenga bajas y altas. Pero si se tiene la voluntad de alimentar –«que es diferente a vender comida»–, uno se las arregla. Durante la pandemia, vendió mantecadas, arepas, aliños y lo que a bien se pudiera durante el encierro. Los días azules van y vienen, pero las personas con un propósito noble siempre van un paso adelante.

Cuando decidió dar el paso de abrir su negocio, apoyada por sus allegados, vio una oportunidad latente en el pueblo: nadie vendía desayunos.

Un plato como el cocido nos muestra la importancia de la agricultura directa en los sabores tradicionales del campo. «Se come lo que se tiene al alcance de la mano». Así mismo, su evolución nos muestra la historia de nuestra cultura híbrida. «Los indios comían el cocido hecho en olla de barro. Traía la mazorca y la papa. Fueron los españoles los que trajeron el ganado».

El éxito de la tienda de Teresa tiene nombre propio. Cuando habla de su motivación, siempre está la palabra «bienestar». Cocinar es un acto de cuidado y requiere de una vocación.

Me despidió de Teresa, que tiene que prepararse para el servicio de medio día. Antes de darme la mano, me muestra uno de sus tesoros más preciados: una pava de barro en la que servía sus cocidos a leña. Les ha servido a otros cocineros antes y se espera que les sirva a otros después. «Es una lástima que ya no se encuentren en ninguna parte. Nadie los volvió a hacer».

Una de sus máximas queda resonando en mi cabeza: «La comida es el momento más sagrado que tenemos las personas». ☺



*“Ser artesano es
dejar que el*

ALMA

*salga a la luz
transformada
en obra”.*

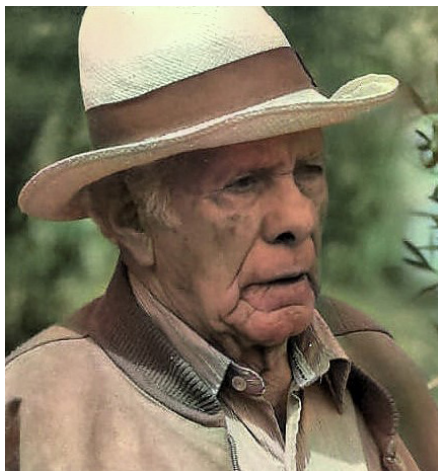
Parque Ricaurte, Villa de Leyva

 **Carrera 9 # 15A-05**

 **@almabazar.villa**

 **3208732538**

Antonio María Cortés: una saga de campo y sabiduría



Don Antonio María Cortés Robles

Por Olga Lucía Riaño

Esta historia, de casi un siglo, comenzó en Arcabuco el 18 de noviembre de 1925, día en que nació Antonio María Cortés Robles. Es una saga de aprendizajes y empresas de gente trabajadora de este territorio que supo cómo hacer de las labores del campo una exitosa misión.

A principios de los pasados años treinta, los mayores de don Antonio, el patriarca de hoy, intuyeron que debían sacar el mejor provecho del potencial del joven y decidieron enviarlo a Ibagué, donde terminó

sus estudios y obtuvo el título de experto agrícola. Tenía ocho años cuando partió y regresó a los 20.

Muy joven, don Antonio comenzó su vida laboral en una de las más importantes y valiosas experiencias educativas del país, Radio Sutatenza; allí se encargó, entre otras, de elaborar cartillas didácticas. Tiempo después trabajaría con el Incora, el antiguo Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, donde tuvo la oportunidad de recorrer los campos colombianos y conocer su problemática, vericuetos, fortalezas y posibilidades.

**Además de la genética
emprendedora
del patriarca, las
labores agrícolas y
las derivadas de ellas
también marcaron
el rumbo de los
descendientes.**

Después de esas vivencias, decidió establecerse por su cuenta y riesgo, y en su finca de La Mesa, Cundinamarca, se dedicó al cultivo de frutales: curuba, maracuyá, mango,



Ana María, Felipe, Daniela, Mariana, Laura y Camilo, los nietos de don Antonio. Al fondo, los olivos. ©Familia Cortés

mora, entre otros, e inició su trabajo como capricultor. No fue fácil, eso lo sabía, como lo saben todos aquellos que se dedican a las labores agrícolas en un país que nunca entendió que en ellas podía estar el tesoro escondido. Sin embargo, con tesón se sostuvo y lo fue logrando.

Pero mientras lidiaba con los avatares agrícolas, en las manos de don Antonio estaba su otro gran proyecto: la familia que había conformado con doña Ofelia Quintero, y la meta era sacar adelante a sus tres hijos, objetivo que cumplió: Magda, ingeniera de alimentos; William, veterinario, y Marcela, microbióloga.

Los años pasaron y, a su turno, los hijos conformaron sus familias. Sin embargo, además de la genética emprendedora del patriarca, las labores agrícolas y las derivadas de ellas también marcaron el rumbo de los descendientes.

En 1995, don Antonio, con 70 años a cuestas, estaba de regreso en la tierra boyacense y comenzó una nueva etapa como fruticultor. Hay que decir que algo especial tiene en sus manos este hombre, cuyos cultivos florecen de particular manera.

Dos años después, Magda, acompañada de su esposo Gabriel Aran-

zazu, ingeniero agrónomo, y con el respaldo de su padre, se lanzó a producir conservas derivadas de las cosechas de la finca familiar. Los hermanos, William y Marcela, se unieron a la causa. Poco después, nació Frutalia, una empresa hoy consolidada y en pleno desarrollo. Una de las delicias de la gastronomía boyacense los inspiró para crear su primer producto estrella: fruta líquida en pequeños sobres para la preparación instantánea de bebidas aromáticas. Con sede en Tunja, Frutalia ofrece un buen portafolio que ha trascendido fronteras.

Marcela se casó con Pedro Rodríguez, a quien los gremios agrícola y pecuario del Alto Ricaurte identifican como «Pedro Cabras», dado su dominio del área y su don nato para las relaciones públicas. Desde hace 25 años, en Villa de Leyva, la pareja optó por este legado paterno y son famosos por ello; en la actualidad están a cargo de la ganadería y son fabricantes de varios productos derivados de la leche caprina: quesos, arequipe, postres y helados.

Pero para don Antonio la faena estaba muy lejos de terminar. Desde mediados del siglo pasado tenía una enorme inquietud y a sus 82 años decidió establecer en Sutamarchán –lugar donde se sembraron los primeros olivos de Boyacá, por allá en 1670– el huerto con el que había soñado. Desde entonces, no con poco asombro, los vecinos del lugar han visto cómo, en esas tierras semidesérticas, crecen y dan

frutos, con una rapidez insólita, los árboles de grises hojas. Los hijos y sus parejas son parte fundamental del proyecto.

Como ocurrió con las frutas y con las cabras, la explotación de los derivados del olivo nacional, de característica particulares, comenzaron. En el huerto se producen aceites cosméticos, olivadas, aceite de oliva, té, aceitunas campesinas y mucho más.

Olivanto, como se llama el huerto, es un lugar muy agradable y ahora un punto de referencia de la zona. Allí se encuentran los productos de las empresas de la familia y, sin olvidar el pasado docente de Radio Sutatenza, se puede hacer una visita guiada, conocer los olivos y su historia; las técnicas del cultivo, la propagación y el proceso de la aceituna y el aceite. Hay un vivero y la posibilidad de sentarse un rato, en plena naturaleza, a disfrutar de una deliciosa infusión frutal, competitiva en cualquier lugar del planeta.

Los años nuevos

Los nietos de don Antonio, hombre con hombro con sus padres y abuelo, dan vida al proyecto. Jóvenes y optimistas, algunos todavía están cursando estudios, lo que no es obstáculo para que en el tiempo libre se pongan al frente del negocio.

Felipe, hijo de Magda y Gabriel, estudió Relaciones Internacionales y su visión ha sido clave para darle norte al proyecto; Ana María, su



Don Antonio con sus hijos Marcela, William y Magda. ©Familia Cortés

hermana, es ingeniera química y sobra explicar la relevancia de su contribución.

Los villaleyvanos hijos de Marcela y Pedro no se quedan atrás. Camilo es biólogo y su intervención es clara en el huerto. Hará una pausa, pues acaba de viajar a Houston donde, en la Universidad de Rice, hará su doctorado en Biología Sintética. Mientras, Laura cursa séptimo semestre de Ingeniería de Alimentos en la Universidad de los Andes, becada por méritos.

William tiene dos hijas, Mariana y Daniela. Mariana estudia Arquitectura en Tunja y Daniela es administradora de empresas, rol definitivo para el devenir de la organización.

Así las cosas, los sueños del patriarca, Olivanto, Frutalia y los productos lácteos, se enfilan al futuro, como lo hacen los descendientes de ese hombre sabio y tranquilo, «que creció con el siglo, con tranvía y vino tinto». 🌀

Los tiestos con vida de doña Inés



©Fernando Baena

Por Fernando Baena Vejarano

La sonrisa de doña Inés Roncancio Alipio no solo moldea chorotes, ollas para masato y cazuelas, sino personas. Soy una prueba. Tras una hora con ella, el horno de su compañía abierta y honesta me ha recordado que trabajar con gusto es lo que más da brillo y alegría. De sus padres y abuelos copió los oficios que me describió en su puesto de exhibición, a la entrada del coliseo, en compañía de su esposo, don José Diógenes Casas Vargas. Y ya

soy otro, recién salido del horno. Ya puedo cantar desde adentro la frase que compuso Jorge Veloza Ruiz, en su canción «El raquireño»: «Tengo el alma hecha de barro». El español José Saramago nunca visitó la provincia El Ricaurte y por eso anunció en su novela *La Caverna* que la alfarería había muerto a manos de la industria. Pero el buen ánimo de Inés me ha puesto en otra tónica, que da esperanza. El amor por las cosas hechas de tierra es algo que se pega. Una pasión así es más

El horno de su compañía abierta y honesta me ha recordado que trabajar con gusto es lo que más da brillo y alegría.

fuerte que cualquier urgencia por ganar dinero, y por eso es su vocación la que la empuja a salir a la 1:30 de la mañana, todos los sábados, desde una de las veinte veredas del municipio, a pie, cargando pesadas piezas, para llegar a Ráquira a tomar un bus hacia Villa de Leyva. Al llegar, bien temprano, saca de la bodega arrendada el resto de la mercancía que exhibe en el piso. Desde la pandemia bajaron las ventas, y

al parecer a todos en el coliseo les afecta por igual la construcción en marcha del nuevo proyecto arquitectónico, porque los compradores potenciales pasan por el mercado orgánico, pero no todos suben a los puestos populares de ventas

Las piezas solo se clasificaban en dos categorías, loza de arena y loza de tierra, según las proporciones.

una cuadra más arriba, ni menos entran al techado cubierto. Pero Inés está feliz. Se siente próspera y yo reafirmo que lo es. Sabe que su destino nunca fue irse a Bogotá a recibir órdenes, ni a perder la libertad que le dan sus vacas, sus sembrados, los pocos conejos que no se le mueren en crianza y sus infaltables gallinas. Esta vez se le apercolla con un abrazo, durante toda la entrevista, su coqueta, pero tímida nieta Valeria, de tres años y medio. Me recalca que es la última de su clase, que ya nadie cocina a pura leña ni en el horno pequeño y tradicional de adobe, porque los hornos grandes y a gas se tomaron el protagonismo en Ráquira que hoy tiene unos quince mil habitantes. Yo sé que toda etimología es tajante. Ráquira proviene de las palabras chibchas «rua», que significa «olla», y «quira», que significa «pueblo». Es el pueblo de las ollas, o pueblo de los olleros. Más de medio milenio de alfarería hoy ya se ha convertido en un negocio que colinda con

productos de cerámica, la que le da trabajo al ochenta por ciento de sus habitantes. El trabajo es cosa de familia –me dice–, y no comienza con la rotativa sensualidad del torneado, porque hay varios pasos que requieren el apoyo de su esposo, don Diógenes. Hay que comprar el barro a veces, y, otras muchas, aventarlo directamente, con pala, pica y carretilla, para limpiarlo, y luego molerlo con la ayuda de por lo menos dos bestias, a las que hay que arriar por hasta siete horas seguidas para que le vayan dando la vuelta a la caneca de 25 galones. Se malla o cuela el barro cuando ya está molido, y se hacen las conas para poner, según el tamaño del tiesto –y ahorra sí–, sobre la torneta que gira en un plato pando sobre una balinera. Ahí sí se mete la mano para hacer la concavidad, y practicar paciencia y amasijo de panadero: la pieza hay que ir probándola, poniéndola en la sombra, ver cómo va respondiendo,



retomándola, comprobando que la arena recogida del río «no borone», y prender el horno sin que se pase de fuego ni de tiempo. Luego hay que arreglar, armar, raspar y hacer pulido. ¿Queda claro con esto que ningún colombiano debería nunca pedirles rebaja cuando pase a comprarles? Así lo saben los visitantes de Italia, Argentina, Canadá, que se han tomado el tiempo para ir a visitarlos en la vereda Mirque, al pie de la chorrera. Los «vidriados» que exhibe los compra o trueca, no los hace. Inés solo elabora a la antigua. No se deslumbró con lo que aprendieron las nuevas generaciones. Las piezas solo se clasificaban en dos categorías, loza de arena y loza de tierra, según las proporciones. Luego todo se fue sofisticando. En 1936 se creó la primera Escuela de Cerámica en Ráquira y en 1973 se creó el Centro Artesanal para enseñar técnicas de producción y comercialización. A la recolección con azadón la suplantó la retroexcavadora, y a la carga en mulas, el transporte en volquetas. Aunque se

preservó el amasado y el resobado sobre madera, y el modelado con cona y rollo –tan natural para hacer ollas y materas en los años setenta–, llegaron el torno, la técnica del levante, el moldeado de yeso, los engobes con minerales, el esgrafinado y otras innovaciones para color y grabado –que no son cosas de Inés–. Su exhibición incluye marraños de alcancía hechos por sus hijas, ladrillitos de juguete, dinosaurios de barro, pepitas para hacer collares y aretes, alpargatas, portavelas, trompos, ovillos de pita, materas de fibra de coco, canastas de esparto, pesas para hacer ovillos cuando se saca la lana. En el Museo Metropolitano de Nueva York solo tendríamos que llevar tal cual su mostrario y ponerle una firma de renombre, para presentarlo como una instalación de artesanías ancestrales, y de seguro se llevaría todos los millones y todos los aplausos. No hay pieza más saludable que una de las suyas. La pintura roja que usa es de piedra chica, materia bíblica hecha a pulso de misterio y entrega. Cada semana le compramos algo, y ahora con mi esposa estamos abandonando el aluminio y las costosas baterías de acero por sus chorotes para batir el chocolate; la arrocera, la sopeira, la paila para hacer mantequilla y las cazuelas para dorar arepas o tostar. Cada pieza a la hora de cocinar o servir nos trae su afecto, su presencia, su historia. Ninguna de sus obras de arte decae como cosa útil, desechable, producto masivo de consumo, porque tienen halo, aura, pátina, textura. Sus tiestos tienen vida. ☺



©Fernando Baena

Elkin Forero, el trovador gachantivense



Por Jairo Barbosa

Elkin Forero es un trovador natural, un repentista nato, un ser con una sensibilidad activa, un observador recursivo, ágil, autodidacta, con un conocimiento amplio del lenguaje y de sus posibilidades métricas, atributos que le han hecho merecedor del reconocimiento departamental como «el Poeta Boyaco».

Su actividad artística le ha llevado a muchos municipios del departamento y del país, representando a Boyacá y a su natal Gachantivá en diversos escenarios culturales, donde siempre ha tenido gran acogida y se ha ganado el corazón de las comunidades. Sus facultades de

poeta y trovador, que sin duda nacieron con él, con la vida y las vivencias se han ido aquilatando; su descubrimiento del ritmo, la capacidad innata de ajustar el sentido de las cosas a una pulsión interior, a una tonalidad rítmica sorprende hasta al más versado. En sentido estricto, es el depositario de una larga tradición poética acunada por los trovadores del medioevo, heredada de los colonizadores españoles y posteriormente ajustada y adoptada a los giros criollos y sus matices lingüísticos.

Las temáticas que Elkin Forero aborda en sus trabajos de trova son muy variadas. Pero quizás uno de los temas más recurrentes en su obra sea el amor, el amor manifiesto de muchas maneras: a la madre, a la vida, a la amistad, a la naturaleza y a la vida en general. Otro aspecto que aborda con rica fluidez es el tema ambiental; sus composiciones en defensa del medio ambiente son ampliamente conocidas, su voz ha estado presente en muchas protestas y escenarios públicos que

Merecedor del reconocimiento departamental como «el Poeta Boyaco».

rechazan la minería y abogan por la protección de la naturaleza y el cuidado del agua. Es miembro activo del Movimiento Cívico por el Agua y por la Vida de Gachantivá y cada vez que el activismo demanda su presencia, él se hace presente. Se ha batido pública y poéticamente hablando, o mejor rimando, muchas veces, en esos contrapuntos exquisitos que prueban la pericia, la agudeza mental, la capacidad de reacción y el dominio de las circunstancias y de la tensión que da el escenario, en lo que es un verdadero maestro, donde fluye de una manera deslumbrante.

En su pueblo natal, su actividad poética es constante. Su capacidad creativa le ha convertido en un protagonista infaltable en todo tipo de celebraciones, matrimonios, cumpleaños, bautizos, aniversarios, fiestas patronales, en fin. Suele vérselo en el pueblo vestido con traje típico, andando en cotizas, ruana al hombro, sombrero de palmicho, machete, mochila de fique, zurriago y un cuaderno donde apunta rigurosamente sus pensamientos, sus ideas. También ha fungido como maestro de ceremonias en importantes eventos, como lo fue en el Primer Encuentro Latinoamericano de Turismo Comunitario que se realizó en Gachantivá y donde habló para representantes de unos veinte países y para más de cuatrocientas personas. Por último, es importante destacar que además de trovador es un excelente guía turístico, conoce muy bien los hermosos parajes de Gachantivá; con

su plática amena y divertida, no existe mejor anfitrión que él para recorrerlos.

Elkin es el séptimo hijo de una familia campesina oriunda de Gachantivá, ¡de pura cepa, sumercé! Tan hábil con el azadón como con la palabra, y cuando no hay turismo o eventos culturales, se dedica al campo, a la siembra, a la cosecha. Tiene un libro de poemas, *El alfabeto del amor*, publicado en 2017 por su propio empeño y con el apoyo de mecenas que creen en su talento; y otro en preparación, en el que recopila gran parte de su trabajo como trovador, una verdadera joya que esperamos poder disfrutar algún día.

A pesar de no haber recibido apoyo institucional significativo, nunca ha cejado de escribir; su tenaz deseo de dejar un legado de su obra lo motivó. En 2006 viajó a Cuba como invitado, junto con otras seis personas, por el Ministerio de Educación de la isla revolucionaria y patrocinado por la Gobernación de Boyacá durante la administración de Eduardo Londoño. Allí grabó algunos videos –teleclases de apoyo para alfabetizar en Boyacá– con un sistema cubano alfanumérico y bajo el lema de un programa institucional llamado «Yo sí puedo», videos grabados en Tele Turquino.

Elkin es uno de los personajes interesantes de estas hermosas, fértiles, entrañables y sorprendentes tierras que conforman el Valle de Zaquencipa. ☺

*Campesino yo seré
Boyacense cien por ciento
De Gachantivá, sumercé.*

*Todo mi verso es innato
Sencillo y al natural
Para escribirle a la vida
Y a los amores igual.*

*Hice quinto de primaria
Pero no es impedimento
Para expresar en mis versos
Lo que pienso y lo que siento.*

*Soy amigo de las plantas
Del agua y el aire puro
Y es mi sueño compartir
Mis versos para el futuro.*

*Quizá no soy el mejor
Con tanta palabrería
Pero puedo dar a muchos
Un motivo de alegría.*

*Vengan a Gachantivá
Disfruten de lo mejor
Paisajes encantadores
Arte, cultura y folclor.*

-ELKIN FORERO, MAYO DE 2024

Con José Orlando Suárez, Santa Sofía canta ranchera



Por Lina Blanco

«Nací y me crié en la bella Santa Sofía», dice José Orlando Suárez. De clima frío, con dos iglesias en su parque principal, de pocos apellidos, pero numerosos descendientes, las tierras de Santa Sofía se destacan por las cosechas de curuba de Castilla, tomate, fresa, papa y yuca, además del bendito fermento del maíz convertido en guarapo o chicha que acompaña al azadón y también a la fiesta. Esta bebida es el motor para los músicos criollos y el público enruanado que baila y goza de brinco en brinco.

Desde los años cincuenta, de noche y de día, la música ha acompañado las labores campesinas y no era raro que cualquier joven quisiera repetir y entonar los ritmos carrangueros, rancheros y populares, con letras de historias del día a día de la gente. Estos ritmos llegaron inicialmente a través de la radio y, como dato curioso, este medio sigue siendo el preferido por la estirpe labradora y católica boyacense. «La música llega a mi vida en la infancia, cuando era muy niño. En ese entonces existían en los colegios actividades en

las que nos hacían cantar o participar de algo artístico. Y ahí comenzó el gusto por los aplausos y por que la gente me dijera que lo hacía muy bien».

José Orlando nació el 14 de mayo de 1970. Hoy tiene 54 años, es sofileño ciento por ciento, de apariencia juvenil, contextura gruesa, 1,60 metros de estatura, tez morena, ojos aguileños, espíritu determinante, intérprete de amores y engaños, casado y ya divorciado. «Soy como el típico boyacense, hijo de campesinos que tuvieron dos varones y dos mujeres. De todos, soy el único que me dedico a esta profesión, a la música, criado bajo la ley del trabajo duro y la humildad». No tiene un nombre artístico, pues honra el elegido por sus padres aquel día soleado en que vino al mundo: «Con mucho orgullo siempre digo mi nombre en todos lados, porque me gusta, no hay otro José Orlando Suárez».

La fama se la debe al público que lo aplaude y lo sigue en los escenarios y pide sus canciones.

En su época de adolescente, como si fuese producto de exportación, Orlando Suárez decidió tomar rumbo hacia Bogotá, para así terminar su bachillerato y poder hacer varios cursos de técnica vocal –entre otros– que supo aprovechar en esa gran vitrina que es la capital y de esta manera lograr que su talento,

sus composiciones y sus sueños no se quedaran entre los cultivos de papa, sino que llegaran a todo Boyacá. Y, ¡oh sorpresa!, han llegado a toda Colombia. «Me fui a buscar mi destino, a cumplir mis sueños de ser cantante profesional, de llegar a la altura de los artistas que admiraba. Y lo admito. No ha sido nada fácil, empezando por los recursos económicos que uno debe tener. Realmente, he tenido dificultades, pero también he podido salir adelante, gracias a mi familia, gracias a Dios».

Artista no solo es aquel que tiene un talento, sino también quien sabe compartirlo y expandirlo por el mundo. «Mis canciones y los temas que me han dado a conocer son inspirados en la vida y en las problemáticas de las personas que viven necesidades. Trato de ayudar siempre a los que me rodean a través de mis palabras. Sé que no soy perfecto, pero también sé de dónde soy, dónde nací, y aunque llevo viviendo en Bogotá casi treinta años, siempre digo “sumercé”. Soy boyacense».



Orlando enfatiza que el único sueño que le hace falta ver realizado es que su hijo Julián Suárez tome su ejemplo y se convierta en uno de los mejores cantautores del género: «Mi hijo tiene 22 años, es apasionado de la ranchera, tiene una excelente voz y el estilo también le ayuda. Las señoritas lo persiguen porque además es un hombre sencillo. Y él también quiere cumplir sus propios sueños». Queremos oír pronto la promesa musical de Santa Sofía.

«Soy hijo de campesinos que tuvieron dos varones y dos mujeres. De todos, soy el único que me dedico a esta profesión».

El éxito se lo dedica a Dios y a la vida. La fama se la debe al público que lo aplaude y lo sigue en los escenarios y pide sus canciones. Es consciente de su talento y le da valor. No busca parecerse a otros artistas. Él confía en sí mismo porque todo lo que tiene lo ha conseguido por su propio esfuerzo. Pero, «como todo ser humano, río y lloro». Orlando no es profeta en su propia tierra, aquella que ama y a la que quiere volver. «Realmente no he entendido en todo este tiempo por qué mi pueblo no me apoya artísticamente, y eso ha sido muy triste. Todos vemos cómo las administraciones del municipio prefiere artistas de otro lado y no apoyan al talento

local. O sea, no es solo a mí al que le han dado la espalda. Hay artistas de otros géneros musicales, nacidos en el municipio, que no somos tenidos en cuenta ni para lo más mínimo. Eso me duele, debería ser todo lo contrario. Pienso que el problema radica en las personas, mas no en la tierra bella de Santa Sofía».

Actualmente Orlando y su familia continúan viviendo en Bogotá. La cotidianidad de los días la vive de manera ordenada. Por lo general, hace la misma rutina: resolver los asuntos que agenda desde muy temprano y que se vinculan directamente con su negocio: un bar en Álamos Norte, llamado Licores Mariachi Bar, donde brinda un cómodo espacio a aquellos que buscan oír y conectar específicamente con este género musical. Allí algunos cantan y beben para desahogar las penas; otros buscan celebrar victorias o sencillamente hay alguien que sólo quiere beber un trago antes de ir a dormir.

En su gran repertorio de canciones se destacan: «¿De qué me sirvió quererte?», «Bebiendo por tu amor», «Así era que te quería», «Qué lindas son las mujeres», «Carta de retiro», entre muchas compuestas por él. Y otras que han sido regalo de artistas colegas, que como una familia, se recomiendan entre ellos, se apoyan en los momentos difíciles y luchan en conjunto para que su género musical, la ranchera, no pase de moda, adaptándose a las nuevas plataformas, tendencias, públicos y gustos. ☺

Claudia Peña Rojas

Pionera del reciclaje en Villa de Leyva



Por Fernando Cordovez

Claudia vivía en Villa de Leyva, donde nació. En la Semana Santa de 1980, la mamá de una amiguita a la que no le gustaba el campo le dijo que la acompañara a Monquirá por esos ocho días. Claudia le respondió:

–¿A hacer qué?

–Allá hay que coger yuca, plátano, ordeñar vacas, recoger mandarinas y naranjas –me contestó.

Y yo, sin pensarlo, le dije:

–Lléveme, pero me paga.

Ella me llevó y llegando a Monquirá, me preguntó:

–¿Usted qué sabe hacer?

–Lo que me pongan –le dije.

Y ella respondió:

–Aquí lo primero que hay que hacer es comer.

Me dio buena comida. Al otro día me levantó a las tres de la mañana con un aguardiente, diciendo:

–Tómese eso que es para el frío entre la niebla (risas).

Fue la mayor de ocho hermanos y desde muy niña había estado a cargo del cuidado de tres de ellos, mientras su mamá, María Bárbara,

salía a trabajar. Claudia nació en Villa de Leyva el 11 de agosto de 1972. A los diez años, Claudia dejó nuevamente su casa, rumbo a Moniquirá. Esta vez quería estudiar. «Un día escuché que una señora le decía a mi mamá: “Déjeme llevar la niña”. Sin pensarlo le dije: “Si usted me da estudio, yo le cuido las niñas”. Y me fui con ella. Allá les hacía trencitas y todo eso. Ella era toda tacaña y no me dio estudio. Le advertí: “Lléveme para mi pueblo, ¡usted no cumplió! O si no la acuso con la policía” Me trajo para el pueblo y aquí me dejo».

De regreso, un año después, Claudia vivía en la calle. «Ayudaba a mi papá en la finca y en la noche prefería dormir en el zaguán de la iglesia del Carmen porque mi mamá nos pegaba mucho. Hasta que una señora que no tenía niños me acogió y me puso en las mañanas a estudiar y por la tarde a atender la casa. Lavaba, planchaba, cocinaba, limpiaba, mejor dicho, empleada gratis», recuerda.

«"Si usted me da estudio, yo le cuido las niñas". Y me fui con ella. Allá les hacía trencitas y todo eso».

Claudia logra empezar a estudiar su primero de primaria a los once años. Terminada la primaria en Villa de Leyva, continuó con el bachillerato, mientras trabajaba en hoteles, restaurantes y casas de familia. Sin suficiente remuneración, emprendió camino a Bogotá con el

propósito de terminar la secundaria. «Mis papás no tenían los recursos para darme el estudio. Llegue a trabajar de interna en una casa y a estudiar. Yo era menor de edad».

Un profesor del Liceo Hermano Miguel La Salle, donde estudiaba, le dijo que en la Universidad Central necesitaban una niña para que operara una fotocopidora. Ella se ofreció, ya que tenía experiencia en la oficina de Tránsito y Transportes de Paloquemao en Bogotá, donde cumplió las «horas de labor social» exigidas para obtener el grado de bachiller. El mismo profesor la convidó más adelante a trabajar, diligenciando trámites ante la oficina de Tránsito. Tiempo después, Claudia montó su propia oficina. A finales de la década de los años noventa vendió la oficina de trámite y dejó de ir a Paloquemao. Según cuenta «la gente vivía de “torcidos”. Yo no quería hacer eso. Allá yo conocí guerrilla y paras. Había un ambiente muy pesado. Y el que no se prestaba para hacer torcidos, lo mataban».

«A los veinticinco años me enamoré y tuve una hija». Hoy, Claudia tiene tres hijas.

«Yo creo que lo más importante que le he aportado a Villa de Leyva es mi compromiso, mostrándole a la gente que nada es basura, todo es reutilizable. Para mí es una actividad que me ha enseñado la constancia, creer en una misma y la lealtad en lo que se cree que es lo correcto, independientemente de las dificultades que se presenten».

En 1999, Claudia regreso a Villa de Leyva luego de diez años en Bogotá: «Llegué separada del papa de mi hija. Soy certificada por el SENA en técnica de mesas, coctelería y bar. Empecé a trabajar en hoteles y restaurantes y, al ver que no me pagaban lo suficiente, comencé a hacer otra cosa diferente: reciclar».

«En 2003, mi niña mayor asistía a las actividades recreativas con Rosa Lía Hernández, quien me dijo: “China, métase en lo del reciclaje que nadie lo hace, pues está Reyes. Pero es que Reyes solo recoge chatarra y el reciclaje como tal es grandísimo...”. Con su mamá, doña Bárbara, y su entonces esposo, Ricardo Rivera, se iniciaron en el reciclaje en 2007. Es socia fundadora (2015) de la Asociación de Recicladores, Reciclavilla, que actualmente cuenta con once miembros.

Claudia se capacitó en los diferentes aspectos y manejos del reciclaje y empezó a tocar puertas de restaurantes, hoteles y viviendas.

En la medida en que entendía el valor económico de la nueva actividad fue desarrollando el negocio, así como su conciencia ambiental.

Hoy en día, Claudia tiene un local en el mercado campesino de Villa de Leyva. Atiende miércoles y sábados. Está surtido con objetos producto de su actividad de reciclaje. Quien visita la tienda, puede encontrar allí desde monturas de gafas, lámparas, utensilios, plántulas, materas y una gran variedad de artículos para la casa. En coherencia con su pensamiento de que «nada es basura», Claudia recibe objetos para reciclar y, a cambio, la persona puede llevar una planta, una matera o un libro. El trueque o la compra son modalidades bienvenidas en este local.

Reciclar paga, nos dice, y se despide dejando esa sensación de pasión y amor a lo que hace.

La historia de Claudia es fascinante porque así ella lo quiso. 🌀



Zaquencipeñas



©Olga Lucía Riaño y Jairo Barbosa

Por Jairo Barbosa

Bachué es el epítome de la feminidad en su esplendor fértil; la dadora de vida, la madre de la humanidad en la mitología muisca. La existencia del hombre es secundaria. En muchas de las referencias a este mito se habla de que ella dio a luz a un niño que posteriormente sería su esposo y prestaría la simiente para poblar el territorio. Pero es claro que su papel es subsidiario; ella es el centro del todo, es la fuerza y el conocimiento, y es quien toma las decisiones y quien da la vida.

Iguaque constituye un lugar mítico, un centro de poder y de energía; la certeza de que la humanidad tuvo su origen divino allí. No podría ser de otra forma. Lo majestuoso invita a decirlo, a pronunciarlo. Quizá la primera voz que se escuchara en esos riscos tutelares fuera la de Dios y muy probablemente en timbre mezzosoprano.

El mito es una necesidad cultural, una advocación circunscrita a un lugar que sobresale, que refleja lo

divino y le da respuesta a las preguntas que encaran el misterio; en este caso, el de la existencia. De tal manera, si existe una deidad, es inobjetablemente femenina: Bachué encarna esa rotunda sacralidad.

Boyacá tiene uno de los más altos índices de maltrato y de abuso sexual intrafamiliar, lo que es inadmisibile e imperdonable.

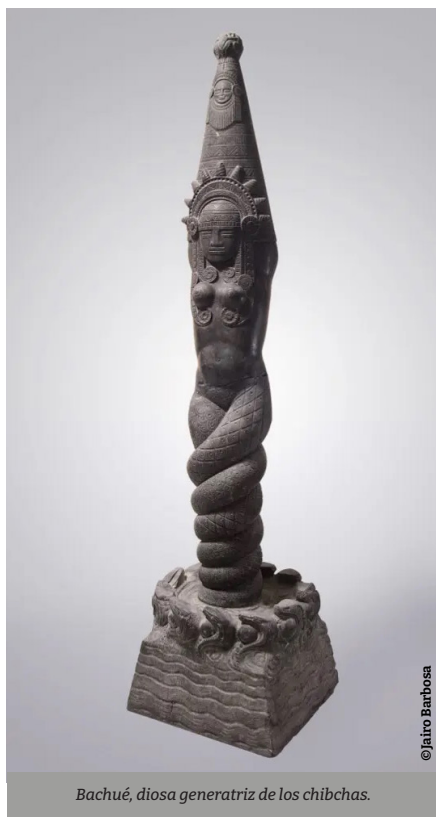
En los entornos del valle de Zaquencipa, lo femenino está presente de una manera contundente. Las mujeres son un referente de la tenacidad, de la capacidad de transformar y solucionar. Muchas escondidas en labores comunes, sin pretensiones, pero fuertes y determinadas, visiblemente gobernando pequeños espacios y tomando decisiones que, a la postre, son vitales para sus núcleos familiares.

Tampoco se puede desconocer la necesidad de figurar que tienen los hombres, de querer o tener que decir la última palabra, que puede ser simplemente: «como usted diga», pero es la que cierra, la que finaliza.

También se sabe que existe una violencia manifiesta y soterrada, no aceptada ni pronunciada. Se sabe que Boyacá tiene uno de los más altos índices de maltrato y de abuso sexual intrafamiliar, lo que es

inadmisibile e imperdonable. Pese a ello, lo femenino es rotundo, notorio y transformador.

Desde esta orilla nos ha sido dado alagar, exaltar, recrear y agradecer la belleza; pronunciarla como si estuviéramos descubriéndola. De muchas maneras necesitamos decirlo; es casi una pulsión ineludible y, en los últimos tiempos, objetada, quizá para hacernos conscientes de cómo expresamos esa necesidad, esa irrefrenable pulsión sexual que suscita la hermosura. Lamentable que tenga que ser mediante una caución que se ponga un límite.



Bachué, diosa generatriz de los chibchas.

© Jairo Barbosa



Trataré de no incurrir en desavenencias al abordar un tema tan provocador y manido como es el de la exaltación de lo femenino, en el que la belleza y la diversidad se conjugan de una forma exquisita. No podría entonces más que agradecer haberseme dado estar en la otra orilla, para contemplar y recrear el sentido de ser, entre otras, inconcebible sin ese hálito que aligera el peso del vacío o lo alimenta, según se considere.

De nuevo Iguaque sirve como punto de referencia para ordenar las ideas, para asociar esa esencialidad de lo femenino, tan presente y notorio para quienes habitamos estas tierras; muchas personas llegamos en busca de un lugar dónde anclar y repensar la vida. Si uno se detiene un momento a contemplar el panorama humano, no puede más que sorprenderse al observar tanta diversidad y, por supuesto, tanta autenticidad y capacidad de

autodefinirse. En ese universo femenino del valle de Zaquencipa proliferan los matices y resulta particular la cantidad de mujeres solas, autónomas, tranquilas, tomando sus decisiones en armonía con el cosmos –como debe ser, por supuesto–, libres, si se puede decir, de tener que negociar la vida con alguien. Hay un equilibrio tácito, un estilo propio, cierta plenitud que las diviniza, más allá del elogio, pues no hay pretensión en ellas, al menos su matiz no incomoda. Hay otro sesgo que afloran, y se convierte en carácter: la solvencia, que está ligada a la autonomía y que es proclive a la medida, a una capacidad de no dejarse llevar por impulsos; muchas brillantes y exquisitas, certeras en su manera de puntualizar y de aparecer, tal que se hacen inolvidables, incluyendo a aquellas que no dan jamás su brazo a torcer, así la razón no las acompañe.

Las mujeres son un referente de la tenacidad, de la capacidad de transformar y solucionar.

Pero, bueno, seguramente si afinamos la lente, la contradicción puede desequilibrar estas disquisiciones que, entre otras, son puramente personales y no verdades absolutas. Son producto del contraste, de la observación y de la posibilidad de tomar distancia, pero, sobre todo, una forma de manifestar mi agradecimiento por tener el privilegio de compartir espacios y recibir afecto sin otras expectativas. Sea pues una manera de homenajear a las mujeres de este valle, a su espíritu libre y todos los matices que las enriquecen. ☺

The image features a central logo for 'Nueva Ciudad Periodico' with a geodesic dome icon above the text and a city skyline below. The logo is set against a background of several overlapping newspaper covers from 'Nueva Ciudad'. The covers display various headlines such as 'Doctor Honoris Causa para Jorge Velosa, Orgullo de la tierra', 'Las mil dificultades para conocer LA VERDAD en nuestros tiempos', and '¡Felices fiestas! Año nuevo para construir la justicia social.' At the bottom, there is an orange banner with the text 'Periódico Nueva Ciudad La Ciudad es la Gente' and a yellow banner with the website 'www.nuevacidad.com.co'. Contact information 'Cra. 69 No. 24A-69. Local 1. T/4100301 - 3133950962.' is also present.

Nueva Ciudad
Periodico

Periódico Nueva Ciudad
La Ciudad es la Gente

www.nuevacidad.com.co

Cra. 69 No. 24A-69.
Local 1. T/4100301 - 3133950962.

La calle del arte



Salomé, Liliana, Marta, Alexandra, Jairo Barbosa y Patricia Aguirre. Escultura de Jairo Aguirre. ©Olga Lucía Riaño

Por Olga Lucía Riaño

Hay una callecita, de esas pulcras y coloniales de Villa de Leyva, que empoderó su belleza y para la suerte de todos se ha convertido en la que ya comenzó a conocerse como «la Calle de Arte». Allí se respira el aire tranquilo, impregnado de estética, que enamora a quien se acerca a la villa colonial.

Primero llegó Ananda Tienda Taller, proyecto liderado por Mónica Perea, Simón Susacón y Catalina Rincón. Es un espacio diseñado para el desarrollo de la creatividad, encausada en diversas manifestaciones artísticas, como la literatura y la plástica. Ananda funge también como galería y por sus muros y

estantes constantemente rotan las obras de artistas de diversas procedencias.

Luego se instaló Sandra Ardila, Artista Visual, el lugar donde esta diseñadora gráfica expone sus creaciones que ella misma define como «arte con sentido».

En abril de 2023 apareció La Ventana, un proyecto que llenó de alegría a todas las personas cercanas y admiradoras de las manifestaciones artísticas de Villa de Leyva. Era el retorno público del trabajo de aquellas mujeres que conformaron el Comité de Artistas de Villa de Leyva, cuya labor marcó la pauta cultural por unos muy buenos años en el municipio. Pero llegaron reforzadas: tres más se unieron al equipo. Ellas son: Margarita Casas, Carolina Restrepo, Carmen Gloria Muñoz, Mariana Salazar, Martha Bohórquez, Chila Trujillo, Tere Reina y Natalia Matías.

Por último, el pasado 11 de mayo se inauguró Prysma Galería, que reúne el trabajo de otros ocho artistas locales:

- SALOMÉ GÓMEZ LEE, para esta diseñadora gráfica la plástica es la vía para poner de presente los grandes temas ambientales: el cambio climático, el aprovechamiento de los residuos, el reciclaje y la moda sostenible. Sus obras, con las que el espectador interactúa, reflejan el espíritu de su creadora
- LILIANA GONZÁLEZ ZAKZUK, seguidora de la ingenua y franca corriente naif, como ella dice, en el gesto gráfico «espontáneo o controlado», y todo lo que ello implica encuentra alternativamente un reto y un deleite que se trasluce en las tramas y en las tonalidades.
- MARTA CAMPO, exploradora de la figura humana, especialmente de la femenina. Las diversas culturas



del planeta la apasionan; las recorre y marcan su trabajo que se desprende de las variadas técnicas escultóricas que ha aprendido en talleres y escuelas de muchas partes del mundo.

- ALEXANDRA RENDÓN ANZOLA, quien usa en sus obras las texturas como pretexto. Los colores evocan las posibilidades de la tierra y remiten a la naturaleza. El pintor italiano Gianfranco Andreoli encontró en esos matices una magistral forma de dar rienda suelta a las emociones.

- JAIRO BARBOSA NEIRA, maestro joyero. En sus manos, metales y minerales adquieren usos y formas muy particulares. La maleabilidad impresa en cada pieza, sus entramados y formas son los elementos que hacen que cada objeto sea una joya única y particular, no precisamente marcada por valor convencional.

- PATRICIA AGUIRRE, incansable y emprendedora, con sus instalaciones refuerza su lucha por un tema que nos remueve: la violencia contra la mujer, que la artista manifiesta mediante el uso de objetos cotidianos e íntimos que ponen de presente la vulnerabilidad del cuerpo femenino sometido muchas veces a agresiones socialmente justificadas.

- JAIRO AGUIRRE HENAO, escultor. En sus manos, los minerales adquieren un brillo especial de suaves formas. Los complementa con

sutiles detalles que remiten a lo atávico, a lo primigenio en unas formas serenas, de limpias líneas.

- PATRICIA JARAMILLO, formada empíricamente como ceramista y vinculada desde hace 35 años al valle de Zaquencipa, donde fundó una fábrica de baldosas en Villa de Leyva, lugar en el que actualmente tiene su taller Cerámicas La Pájara. Toda su vida ha girado en torno al arte. Centra su obra en la fuerza y lo crítico, alrededor de temas que nos involucran a todos: política, filosofía, mujer, violencia, cuerpo y dolor.

Veinte artistas, veinte miradas del mundo, veinte expresiones distintas reunidas en una calle con una densidad estética increíble, para el disfrute de residentes y visitantes, con una consecuencia no menos importante: conservar el patrimonio arquitectónico de la zona con respeto y armonía. 🌀



Mutilada, de Patricia Jaramillo

El ciudadano ilustre, don Antonio Nariño



Monumento a Antonio Nariño en el parque que lleva su nombre. Villa de Leyva, ©Diego de Castro.

Por Diego de Castro

Entre la base de la torre y la puerta principal de la iglesia mayor de Villa de Leyva hay una placa de piedra con una inscripción que dice: «En este templo fue sepultado Antonio Nariño», pero si buscamos adentro la sepultura del prócer, no la encontraremos, pues sus restos fueron trasladados posteriormente a la Catedral Primada de Bogotá. Tal vez la curiosidad nos lleve entonces a preguntarnos en qué casa de la villa colonial de 1823 murió

Nariño. Existe una creencia generalizada de que el hecho sucedió en una casa convertida hoy en el Museo Antonio Nariño, una edificación de magnífica arquitectura, a cuadra y media de la Plaza Mayor, construida en el siglo XVII, de dos pisos, con generoso balcón a la calle, zaguán y patio a la usanza andaluza. Pero no se encuentra ni en su exterior ni en su interior ninguna placa o algún indicio sobre la muerte de Nariño. Aparte de poder admirar algunos objetos que se presume fueron de su propiedad, así como una cama y otros muebles en la habitación principal del segundo piso, nada indica claramente que sus días hubieran terminado allí. La polémica existe desde hace muchos años: en 1923, coincidiendo con el centenario de la muerte de Nariño, una comisión del Congreso de la República instaló una placa en una casa diagonal a la esquina sureste de la plaza principal indicando allí el sitio de su muerte. Se basaron para ello en la obra *El Precursor*, publicada en 1903 por Pedro M. Ibáñez y Eduardo Posada, miembros fundadores de la Academia Colombiana de Historia, donde se asegura que la casa en mención, en aquella esquina frente a la plaza, propiedad de Aquilino Ferro, fue la última morada de Nariño. Ante esta situación surgió un contradictor, fray Andrés

Mesanza, quien desmentía el hecho en un artículo publicado en el periódico *El Católico*, argumentando para ello la versión de Venencio Ortiz, un testigo de la época que afirmaba que «a ella [Villa de Leyva] se retiró en sus últimos y angustiados días el primero de nuestros grandes hombres, el general don Antonio Nariño; y murió en una casa de dos pisos, inmediata al hospital de San Juan de Dios, donde sin duda tenía constantemente ante los ojos cuadros capaces de hacerle meditar en las miserias de la vida humana». Para el año de 1938, con el fin de dirimir la polémica, el gobierno nacional

Fue castigado por encender la chispa revolucionaria, como Prometeo, condenado al tormento por entregar a la humanidad el fuego reservado a los dioses.

adelantó una comisión conformada por seis académicos que, atendiendo los testimonios de los testigos, y principalmente el hecho de que la casa de Aquilino Ferro siempre fue de un piso y a la que alude Venencio Ortiz era de dos, al fin concluyeron que la «casa original», de dos pisos, estaba sobre la plazoleta del convento franciscano, con vista al hospital que, desde la Colonia, allí funcionó. Pero no se pudo establecer de que casa se trataba.

Decidieron, pues, los académicos retirar inicialmente la placa de la casa de Aquilino Ferro, y luego ubicar una casa, a cuadra y media del convento, con las características necesarias, pero sin la intención de declararla auténtica, sino más bien para establecer allí dignamente la casa-museo que enalteciera la memoria del prócer.

Tan accidentada como la historia de su última morada fue la vida de Antonio Nariño; nacido en Santafé en una solariega casa de la Calle de la Carrera que hoy ocupa el Palacio presidencial que lleva su nombre, ni su buena infancia ni su juventud despreocupada presagiaban las desgracias y los días aciagos a los que sería sometida su existencia. A los 20 años contrajo matrimonio con Magdalena Ortega y Mesa, presante dama de la sociedad bogotana, cuyo padre aportó para la ocasión una generosa dote. Dedicado a los negocios, su economía prosperó y a la edad de 26 años fue nombrado regidor y alcalde de Santafé y tesoroero de diezmos de la Iglesia.

Un día del año 1793, glorioso para la emancipación de Colombia, pero nefasto para sí mismo, Nariño se encontró con el texto de la Declaración de los Derechos del Hombre redactada por la Asamblea Nacional de Francia a finales de la Revolución francesa. ¿Qué destino aciago lo condujo a traducir e imprimir aquella declaración que entendió como el más valioso principio de libertad e igualdad para el futuro de los pueblos oprimidos, pero que

selló su suerte de destierros y prisiones? Fue castigado por encender la chispa revolucionaria, como Prometeo, condenado al tormento por entregar a la humanidad el fuego reservado a los dioses. Sólo para unos pocos, el destino tiene trazado alcanzar la gloria por sus acciones, aun sembrando de desgracias su propia vida. Confiscados sus bienes y desterrado, va cumplir su sentencia de diez años de presidio en Cádiz; de allí se fuga y regresa a Santafé, donde es apresado nuevamente y enviado a la cárcel de la Inquisición en Cartagena. Vivió encarcelado en tétricas prisiones durante 23 años de los 58 vividos, atado con grillos y cadenas, padeciendo hambre y enfermedades. En 1810 pudo al fin retornar a Santafé desde el presidio de Cartagena, en libertad bajo fianza. En la capital, se dedica al periodismo político en *La Bagatela*. Reemplazó a Jorge Tadeo Lozano en la Presidencia de Cundinamarca e inició una campaña en favor del centralismo y en contra del federalismo que abanderaba su rival político Camilo Torres, quien reunió en Villa de Leyva el primer Congreso de las Provincias Unidas desconociendo a Nariño y a sus seguidores. Los acontecimientos precipitan la guerra civil y Santafé es asediada por los federalistas que no consiguen vencer a los centralistas comandados por Nariño. Después de un precario acuerdo de paz, renuncia a la Presidencia y siente el llamado a defender la naciente república del peligro de la reconquista española, cuyas tropas avanzaban desde Quito. Libra batallas con

Inició una campaña en favor del centralismo y en contra del federalismo que abanderaba su rival político Camilo Torres.

éxito, toma Popayán en su marcha hacia Pasto, pero allí es traicionado, derrotado y apresado por trece meses y luego entregado a los realistas que consiguen ponerlo rumbo al destierro y prisión en Cádiz, encadenado, en un viaje interminable a través del Cabo de Hornos, pasando por La Habana, para cumplir en España seis años de presidio. Bolívar triunfa en la Batalla de Boyacá en 1819 y en 1820 Nariño puede regresar a su patria libre. Es nombrado vicepresidente de la República por El Libertador, quien le encarga también la tarea de instalar el Congreso de Cúcuta en 1821. Pero antes de retirarse de la Vicepresidencia por problemas de salud, todavía tendría que enfrentar una amargura más en su vida por las acusaciones de malversación cuando era tesorero de diezmos y por el delito de cobardía en los acontecimientos de la campaña en Pasto. Asume su propia defensa haciendo gala de su magnífica oratoria; es absuelto de sus cargos, pero su mal estado de ánimo y de salud lo dejan más cerca de la muerte que nunca y deja Santafé buscando un clima más propicio.

«Nariño escogió la risueña Villa de Leiva, en donde tenía numerosos amigos», escribió Soledad Acosta de Samper en un relato sobre sus últimos días y cita sus palabras en un momento en que su salud pareció mejorar: «Ahora que estoy bueno, les dije, voy a buscar y señalar el sitio en que quiero ser enterrado, porque pienso morirme pronto». A la Villa llegó cuatro meses antes de su muerte; en ese apacible y bucólico ambiente pudo tener días de paz, pero sintiendo la presencia de la muerte, escribió en su testamento: «Amé a mi patria; cuánto fue ese amor, lo dirá algún día la historia...». Dos días antes de su muerte encuentra aún fuerzas para despedirse de sus amigos y trasladarse en mula hasta el Monasterio del Carmen para pedir a las monjas, a través del torno de la clausura, oraciones por la salvación de su alma. Y en un perdido recinto de una amable casa centenaria que aún desconocemos, el día 13 de diciembre de 1823, sentado en una silla castellana, observando su reloj, muere a las cinco de la tarde luego de murmurar: «Es tiempo...».

Sintiendo la presencia de la muerte, escribió en su testamento: «Amé a mi patria; cuánto fue ese amor, lo dirá algún día la historia».

El nombre de Antonio Nariño suena todos los días en las calles de la bulliciosa Villa de Leyva actual, hay placas conmemorativas, un parque con su nombre y su estatua, hasta un hotel de turismo; los visitantes observan desprevenidos la Declaración de los Derechos del Hombre tallada en piedra en el corredor del patio de su casa-museo. Algún guía les dirá que en una de las sillas exhibidas murió sentado el prócer hace doscientos años, pero también les dirá que nunca se supo si su muerte sucedió o no en esa casa.

«A mi patria le dejo mis cenizas...», escribió Nariño al final de sus días; modesta frase para un hombre que dejó tan invaluable legado. Y a Villa de Leyva le dejó, también, su último suspiro. ☹



Museo Antonio Nariño, Villa de Leyva, ©Diego de Castro

El hombre y la tierra en Boyacá:

Memoria de un hombre bueno y de su vínculo con el altiplano



Orlando Fals Borda. ©Agencia de Noticias Univalle

Por Armando Borrero Mansilla

Escogí el título que Orlando Fals Borda le dio al libro en el que editó su tesis doctoral, para resaltar la cercanía que tuvo su carrera de investigador con esta tierra bendecida por la belleza natural. Orlando Fals, barranquillero de nacimiento, con el apellido catalán de un abuelo desembarcado en Puerto Colombia, presbiteriano de religión en este país de católicos, atado por la sangre costeña a la depresión momposina, fue un hombre bueno y un investigador pionero e infatigable en el campo de la sociología rural.

Su primer contacto con el mundo cachaco ocurrió cuando su padre, autoritario y de disciplina calvinista, decidió que Orlando debía ir a la Escuela Militar. Empezaba apenas la adolescencia y de súbito se vio respirando el aire tenue de la sabana, duchándose a las 4:30 am en agua a punto de congelación y en un medio que, seguramente, no era el adecuado para su temperamento y sus aspiraciones. Poco duró allí para fortuna de las ciencias sociales colombianas.

Nunca dejaré de admirar su entrega, su idea de un mundo mejor, su honestidad inmovible.

Para su formación universitaria influyó su confesión religiosa. Los colegios presbiterianos de Colombia fueron los colomboamericanos obra de estadounidenses. Esa cercanía con la lengua y la cultura facilitaron su ingreso a la Universidad de Iowa, donde hizo su B. A. De allí fue a la Universidad de la Florida en el campus de Gainesville

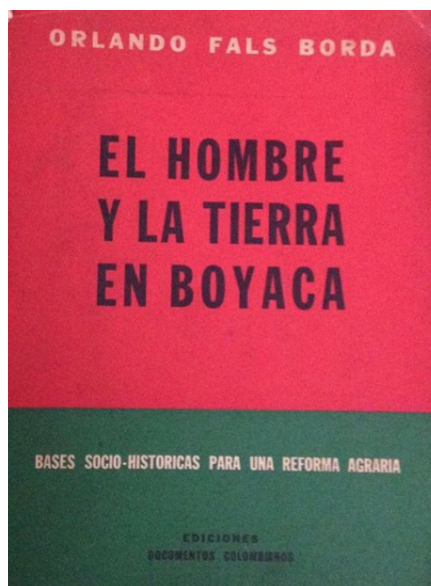
y obtuvo su maestría en Sociología, y ese posgrado lo puso en el mundo del altiplano cundiboyacense. Llegado a Colombia como *rara avis* —¿sociólogo?—, el trabajo que obtuvo fue como secretario del gerente norteamericano de la firma que construía la presa del Sisga. Hablaba inglés y tenía una habilidad para la mecanografía impresionante (se ganó la vida en el posgrado como transcriptor de tesis de grado).

Si a los personajes de José Eustasio Rivera se los comió la selva, a Orlando lo devoró el paisaje andino. Aprovechó su permanencia en el Sisga para tomar la vereda de Saucío como su campo de investigación. Con la disciplina que lo caracterizaba conoció a todas las familias, entrevistó a cuanto habitante pudo, estudió sus formas de producción, sus relaciones familiares y de compadrazgo, investigó

sobre la música andina y más de un plato de papas con habas lo alimentó. De Saucío salió su monografía de grado para el M. A. en Gainsville, editada posteriormente en Colombia como su primer libro *Campesinos de los Andes*.

Fals Borda fue un hombre bueno y un investigador pionero e infatigable en el campo de la sociología rural.

El camino a Guateque lo llevó al Valle de Tenza. Anduvo por Boyacá y en Cerinza quedó embrujado por la belleza de esas tierras. Ya tenía su campo para la tesis doctoral, la que defendió en 1955 para su Ph. D. Vuelto a Colombia, fue secretario general del Ministerio de Agricultura y en la Universidad Nacional se encontró con la otra vertiente de las ciencias sociales en Colombia, la de los egresados de la Escuela Normal Superior que años atrás fundara el gobierno de Eduardo Santos, a imagen de la francesa. La emigración de académicos de primera que huían del nazismo y del franquismo dotó a la Escuela de lo mejor del pensamiento europeo. El gobierno de Laureano Gómez la destruyó porque era pecaminoso que hombres y mujeres compartieron aulas. La memoria del ministro de Educación en 1951 da para la próxima columna, porque toca a Boyacá. La separación de sexos



lleva a la fundación de la UPTC en Tunja, como escuela para varones.

El legado sociológico norteamericano de Fals se junta con la tradición continental europea, y Orlando, buen gerente que fue, sacó del sombrero su magia para fundar la Facultad de Sociología. Lo demás es historia. Por ahora pensemos en el hombre y en su obra escrita. *El hombre y la tierra en Boyacá* es, para mí –pero esto es materia de discusión sin fin–, el mejor de sus libros. Es una investigación minuciosa, cuidadosa, comprensiva, que todavía hoy tiene actualidad y su lectura permite entender mucho de lo que es Boyacá y son sus gentes.

Tiempo después, el turbión de los años sesenta se llevó a Orlando. La injusticia y el sectarismo acrítico lo golpearon. Pasaron años y cuando volvió era otro sociólogo, sin perder, eso sí, su bonhomía y su ser afectuoso. Su capacidad de trabajo, su disciplina calvinista que nunca lo abandonó, lo llevaron de nuevo a la tierra, esta vez a su Caribe, a la depresión momposina, al mundo anfibio del hombre caimán, solo

Vuelto a Colombia, fue secretario general del Ministerio de Agricultura y en la Universidad Nacional se encontró con la otra vertiente de las ciencias sociales en Colombia.

que en esta oportunidad el positivismo de su formación en los Estados Unidos fue tocado por el pensamiento mágico. Fue el período de la investigación-acción. Como una cosa lleva a otra, incursionó en la política con un idealismo digno de su bondad, pero fuera de las reglas del oficio de convencer y conducir. Nunca fue más querido por sus seguidores que en esa época de aureolado. A mi modo de ver, y ojalá estuviera equivocado, esta fue su etapa más idealista, pero sin la frescura de *El hombre y la tierra en Boyacá*. Nunca dejaré de admirar su entrega, su idea de un mundo mejor, su honestidad incommovible.

Un día, un economista conocido mío, me contó que en su servicio presbiteriano, en el templo histórico de esa confesión, el de la calle 24 vecina a la que fuera la casa de Alfonso López Pumarejo, incendiada en horas de vergüenza para Colombia, el pastor había pedido oraciones por Orlando. Estaba en la fase final de un cáncer terminal. En los días finales de julio de 2008 la Universidad Central programó el lanzamiento de la segunda edición de *La subversión en Colombia*. Sentí que debía estar allí. Terminada la sesión, me acerqué y el abrazo que me dio no me dejó dudas. Era un abrazo de despedida irreplicable. Me dolió que no estuvieran allí sus alumnos de los viejos tiempos. Seguramente no sabían de la inminencia. Se fue el investigador, pero su obra sobre Boyacá sigue vigente como ejemplo de un trabajo bien hecho. ☺

Imago Mundi

El mundo está lleno de pequeñas alegrías: el arte consiste en saber distinguirlas.

—LI BAI



Por Mónica Perea Esparragoza

I
Cada mañana, al terminar los monjes su meditación, el bosque permanecía en silencio, como si hubiera absorbido aún más la energía que estos hombres y mujeres movilizaban.

II
Cuando la vieron los sobrecogió. Había muchas historias al respecto,

pero nada le hacía justicia. Listones de madera perfectamente unidos, lijados con sumo cuidado, eran una obra de arte. Todo el minucioso trabajo que llevó construirla se notaba en los detalles. Los marcos de las ventanas, el árbol en la mitad del patio central, los pasillos que bordeaban y la paz... Sobre todo, esa sensación casi inexplicable, como si cualquier carga se pudiera dejar.

Como si todo el mundo se detuviera. Tal vez, algo así experimentó Odiseo cuando Circe, entre letargos, lo embrujó.

La primera noche no desempacaron. Estuvieron admirando cada rincón de la casa, absortos. Olvidaron el cansancio, los asuntos del día siguiente y se sentaron. Podría decirse, para nunca levantarse más de esa posición. No les dolía nada, ni sentían hambre o sed. ¿Cuánto tiempo hace de esto? ¿Qué día llegaron? ¿Cuántos eran? ¿Cómo se llamaban? El sonido del viento era la mayor presencia, más clara aun que el arroyo que se escuchaba. La casa había sido diseñada para que una corriente de aire entrara y saliera todo el tiempo, por entre las puertas y ventanas, como si de pulmones se tratara. De modo magnífico, todo en esa casa sugería la importancia de esa circulación, como un *pneuma* primordial. El aire se sentía y silbaba aun con las puertas cerradas. El hogar, espléndido, ardía ya cuando

entraron. Nunca supieron quién lo encendió. Y, en el piso del patio, un Merkaba.

Toda la atmósfera inspiraba una sagrada quietud. Hasta los pájaros procuraban volar en silencio. Había muchos entre los árboles, pero, por alguna razón, cuando llegaban hasta las inmediaciones de la casa, se silenciaban. Tres gatos se veían merodear, no se sabía de dónde venían, ni quién los alimentaba. Algo se intuía en el aire. Algún tipo de presencia milenaria resguardaba este espacio.

III

Con sus afiladas uñas rojas le alargó el periódico para que leyera la noticia él mismo. Subastado en \$333.000.000 USD. *Imago Mundi*, la famosa pintura de la antigua casa encantada, llegaría hoy a la ciudad luz. Habían dispuesto dónde la pondrían. El cuarto de maravillas sería el mejor sitio, junto al gabinete de curiosidades. Esta vez lo recubrieron con la misma madera





del viejo bosque, el que sirvió para la casa original que inspiró el cuadro. La composición era exquisita: en un lado se veía a los monjes. La leyenda cuenta que rezaron el lugar con sus poderosos mantras y los árboles recibieron la magia. En la otra mitad de ese díptico, mágnetica, se erigía la particular casa. Hecha con maderas de cipreses *hinoki* y secuoyas del alba. La pintura era una copia exacta de ese extraño paisaje que la contenía. El marco, según decían, también estaba hecho

de las mismas maderas de la casa. Los detalles y los espectaculares ideogramas se alcanzaban a interpretar. La pintura los reproducía a la perfección, aunque en miniatura, tallados en los marcos de las ventanas y las puertas de esa casa, inmortalizada ahora en el magnífico óleo. Era tal y como la recordaban, cuando aún existía. Le hizo evocar lo que sintió cuando la caminó; fue como si atravesara umbrales. Al fin y al cabo, ellos eran los únicos

que habían podido salir. Desde ese entonces, habían pasado años buscando la pintura.

Durante toda la noche se sentaron frente a Ella, arrobados. ¿Qué había captado el artista? ¿Qué tiene esa fachada? ¿Qué podía albergar esa simple casa? Se desconocía quién la había construido, así como tampoco se sabía quién habría hecho esa afamada pintura.

Nadie pudo decir cuánto tiempo pasaron encerrados en aquella contemplación. Se dice que la última vez que la servidumbre los vio, habían hecho el mismo ritual de las últimas tres noches: terminar la cena, entrar al cuarto de las maravillas y salir en medio de la madrugada. La policía dijo que no había otra forma de salir de allí, sólo la puerta. Nadie entendía la extraña desaparición de la pareja de coleccionistas.

IV

Al correo le habían mandado los archivos. El profesor culminó su búsqueda de los últimos 44 años. El corazón no paraba de latirle y las manos le sudaban. Abrió el buzón y leyó: [...] La misteriosa casa había sido edificada en el siglo VIII de la dinastía Tang. Cada una de las historias que documentó confluían en lo mismo: la gente que la visitó y los últimos dueños, sin excepción, en cualquiera de las épocas de que se tenga conocimiento, desaparecieron. Todo alrededor de esa casa era tan intrigante. Se decía que abría la puerta al perpetuo instante, como si recreara una suerte de agujero

negro en la Tierra. Diríase, era un portal hacia la eternidad.

En otro archivo leyó: Durante generaciones, la gente de la zona atestiguaba que quienes la cuidaban eran unos monjes zen. Con el tiempo, solo se veían amblar tres gatos. Siglos después, pero antes de que la casa se esfumara, se halló la pintura. La desaparición de la casa, al parecer, coincide con la alineación del Sol con la estrella Sirio durante el último *Portal del León*. Lo curioso es que en el bosque donde se supone estuvo ubicada, no había quedado indicio alguno de su existencia. Sólo se sabía lo que los lugareños contaban. Según ellos, había estado allí desde siempre y, ese día, de la noche a la mañana, el bosque se la había engullido.

La pintura no había podido datarse con precisión, al parecer la prueba de carbono 14 arrojaba datos inconsistentes. La carta del museo donde estuvo escondida corroboró su presentimiento: en efecto, el propio Leonardo la encontró y la retocó.

En el siguiente correo de su bandeja de entrada leyó la noticia: Durante la subasta de obras que donaron los museos para recuperar la Catedral de Notre Dame, luego del incendio, *Imago Mundi*, la joya de la corona para todos fue adquirida por la reconocida pareja de franceses, coleccionistas de grimorios y de todo objeto o libro concerniente a los templarios. Un matrimonio muy particular, algunos decían que jamás envejecían. El cuadro y ellos

habían desaparecido. Se los había *tragado la tierra* o ese triángulo de las Bermudas con que se asociaba más el cuarto donde habían colgado la pintura.

El último archivo le decía lo que traducía el pergamino. Respiró, el corazón le iba a explotar. Es un poema de Li Po:

Conversación en la montaña

¿Me preguntas por qué habito / en estas colinas verdes jade? / Yo sonrío. No hay palabras para expresar / el sosiego de mi corazón. / ¡Que fascinante la flor del melocotón / arrastrada por la corriente del agua! / Aquí vivo en otro reino / más allá del mundo de los hombres.

V

Noticia en desarrollo

«[...] La caja negra del avión Boing 369 fue lo único que se encontró. Se desconoce aún por qué no se ha podido escuchar lo que pasó. Dice la voz que reportó a la torre de control sobre el accidente hasta las 9:00 am. La expedición que investigaba la historia de la milenaria casa que un día desapareció, presidida por el destacado profesor y arqueólogo, figura como desaparecidos todos. Iban a aterrizar en el aeropuerto recién inaugurado. Como estuvimos informando, la historia alrededor de este bosque y su supuesta casa encantada generó muchas protestas entre los ambientalistas. [...] Lo último que se sabe es que el primer equipo de rescate dejó de reportarse esta mañana. Otras autoridades ya van en camino». 🌀





Mónica Perea Esparragoza, 1975. Bogotana exiliada en Boyacá por voluntad propia. Tiene claro que el mundo es una construcción verbal y, por eso, estudió pregrado y maestría en Literatura en la Universidad Nacional de Colombia, graduándose con honores. Trabaja como independiente en su espacio cultural Ananda, Tienda Taller, en Villa de Leyva, donde hace mentorías en comunicación y mediación del libro y la lectura, entre otras. Ha incursionado como *podcaster* e infoprodutora. Tiene un programa, *Leer para despertar*, todos los domingos por su canal de Youtube, donde busca contribuir a que mucha gente hispanohablante recuerde quién es. Ha sido asesora y estructuradora académica externa, desde hace cuatro años, de la Fiesta de la Poesía en Villa de Leyva. Fue catedrática, conferencista y consultora durante varios años a nivel nacional. Diseñó y dirigió el Centro de Lectura y Escritura en Español de la Universidad del Rosario en sus primeros dos años de vida. Escribe y lee todos los días desde hace más de cuatro décadas como un ritual que enciende el día.

icono[•]
editorial

LIBROS
PARA
UNA
NUEVA
MANERA
DE
VER
EL
MUNDO

www.iconoeditorial.com

Erwin Fabián García López
Sofía Molina Sierra

POR UN
BUEN VIVIR

Crianza, aprendizaje
y educación autodirigida

icono[•]

LA
TIRANÍA
DE LA
ELECCIÓN

Renata Salecl

Traducción Cristian De Nápoli

En la actual sociedad
de consumo no solo se
nos pide que seamos
entrepreneur,
productivos, sino que
se nos invita a ser cada
vez más
una gran sintonía
de nuestros deseos
y elecciones.

Una historia
extraordinaria
sobre nuestro drama
contemporáneo.
No tienen más elección
que leer este libro.

HANIF KUREISHI

icono[•]

JASON HICKEL

MENOS
ES MÁS

Cómo el **DECRECIMIENTO**
salvará al mundo

icono[•]